

ticas y líricas, favorecidas por las exenciones y auxilios que el mismo Gobierno les concede, esta ciudad y el país en general, tendrán al fin lo que no falta en ninguna parte del mundo civilizado, como testimonio y certificado de adelantamiento y cultura. Y mejor que eso, será un poderoso estímulo para que nuestros ingenios, sacudiendo las entumecidas alas, dejan las regiones de la **lírica**, y se eleven a las nobles y delicadísimas de la **drámatica**, a donde muchos son los llamados y pocos los escogidos.

## ARTICULO XXII

Para cumplir la promesa que hice a usted, mi buena amiga, al hablar de nuestro antiguo teatro, tengo que retroceder a los años de 1825 a 1828, época de gloriosos recuerdos, aunque ya de ardiente lucha entre partidos políticos que hasta allí habían venido unidos en un solo pensamiento, en una aspiración única: la felicidad y el engrandecimiento de la patria común.

Mas, comoquiera que no es la política la parte principal de nuestras familiares conversaciones, y sólo estamos hojeando someramente los modestos anales de nuestro incipiente teatro, a este asunto me contraré por hoy, eligiendo aquella época de inocencia literaria y artística en que, si no se veían en la escena autos sacramentales, ni comedias de tramoyas y figurón, privaban, sí, los monólogos, loas y tragedias clásicas, de alto coturno, tiempo

en que se miraba con horror entre los iniciados cualquiera falta contra las unidades aristotélicas. Esto sin perjuicio de retroceder, a su tiempo, a nuestro siglo XVIII, para recoger algunas bagatelas que se nos puedan quedar trasapeladas, como la Flora de Bogotá, el Observatorio Astronómico, la expedición de la vacuna, y otras cosillas por el estilo. Cuando digo **nuestro siglo XVIII**, no quiero referirme a usted.

Creo haber dicho a usted en otra ocasión que los exámenes y asuetos de los colegios tenían lugar entonces en el mes de agosto, y éstos duraban hasta mediados de octubre. El 18, día de la fiesta del Evangelista San Lucas, se abrían de nuevo las aulas, lo que daba lugar a que los estudiantes se divertiesen a sus anchas en el mes de diciembre, con las alegres misas de Aguinaldo que se hacían ruidosamente en el Colegio del Rosario, bailecicos, pesebres y otros honestos pasatiempos. ¡Bien hayan esos regocijados días en que los niños éramos niños hasta los veinte años; y en que la cometa, el trompo, la pelota y los zapatos de cordobán, nos acompañaban hasta nuestra tardía entrada en el mundo, a donde llegábamos ya con barbas, o por lo menos con bozo!

Todo el mes de diciembre era casi un asueto disimulado, en que los estudiantes echaban a pasear a Nebrija, Cejudo, Pelegrín, Wattel, don Juan Sala, Lackis y Cavalario, y se dedicaban a preparar las piezas teatrales que habían de representarse en los ocho días que con tal objeto se les concedían por los superiores. Los espaciosos patios de San Bartolomé y Santo Tomás se transformaban en vasta platea con dos órdenes de pal-

cos, y en uno de los ángulos se levantaba un tablado que era el escenario. Ya supondrá usted cuánto trabajo y cuántos gastos tendrían los alegres colegiales para tan laboriosa empresa; pero todo lo vencía el ardor juvenil y el deseo de gloria y de aplausos. Aun los catedráticos mismos solían tomar parte en ella, de grado o por fuerza.

En este corto período los dos colegios se constituían en repúblicas independientes, y tan independientes, que no se obedecía en ellas sino a las autoridades que ellas mismas elegían. Las repúblicas **bartolina** y **tomística** —que así se llamaban— eran soberanas y realizaban así inconscientemente el ideal de la federación en miniatura. Ni el público mismo era extraño o indiferente a esta especie de guerra galana, y solía dividirse en partidos. Los parciales de cada bando ponderaban, discutían y daban la preferencia a ésta o a la otra pieza representadas, y los respectivos círculos **claqueurs** aplaudían a rabiar **oportune é importune**.

Cada entidad soberana elegía popularmente su presidente, elección que de ordinario recaía en algún respetable personaje de fuera de ella, el cual tenía que aceptar, quieras que no quieras, y constituirse en su protector, mirando como señalada honra el cargo que se le confería, y la carga que se le echaba encima.

Largo sería hacer a usted, mi paciente amiga, la relación de aquellas funciones, de que los muy contados periódicos que entonces había en esta ciudad solían dar breve cuenta, particularmente uno —cuyo nombre no recuerdo— que se publicaba en inglés y en castellano. Ni la ocasión lo

comporta, ni mi memoria, que es ya un escapate viejo y gorgojeado, lo conserva todo al cabo de medio siglo; pero tal cual recuerdo fugaz de lo que entonces vi y oí no dejará de interesarle a usted y estoy seguro de que me lo agradecerá, cosa que también le agradeceré yo a usted, y así nos pagaremos en mutuas gracias, sin pararnos en regatear por mil más o menos.

¡Con qué atenta curiosidad miraba yo, rapaz de siete u ocho años, al joven Bruno Bulla, amabilísimo y alegre estudiante de filosofía de San Bartolomé, natural de Zipaquirá, con quien, desde entonces, conservé hasta su muerte relaciones afectuosas y gratuitas! ¿Y cuál era el objeto de sus visitas a mi casa? Que se lo habían consignado a mi madre y hermanas para que lo vistiesen de **Guatimocín**, papel que debía representar en la tragedia de este nombre, de nuestro poeta Madrid. Su estatura elevada, color moreno y facciones pronunciadas, cabello negro, lacio y no muy dócil, eran caracteres que cuadraban perfectamente al personaje histórico.

Cuando Bulla hizo la primera salida a las tablas con su rico manto y tonelete bordados, su diadema de oro, adornada de vistosas plumas, sus brillantes pulseras y ricas sandalias de terciopelo, cubiertas de lentejuelas, y sostenidas por largas cintas que subían cruzándose en espirales hasta la rodilla, el efecto que produjo en el público fue sorprendente. No diré que el actor estuvo a la altura de su papel, sino, por el contrario, que el papel estuvo a la altura del actor, que era de seis pies y algunas pulgadas. Y la pieza, en ge-

neral, para no determe en pormenores. dejó larga memoria y mucho de qué hablar hasta el día siguiente en que le tocó su turno a **Atala**, en el Colegio del Rosario, pues los dos colegios alternaban en sus fiestas.

Observaré sin embargo, que el papel de Cortés, aunque tocó a uno de los estudiantes más populares y simpáticos, el neivano Durán —alias Moyano— el carácter festivo de éste, sus movimientos vivos, y más que todo, su estatura pequeña y el tono atiplado de su voz no correspondían al carácter del grave conquistador.

Hubo además otra ligera contrariedad en la ejecución del **Guatimocín**, que pasó casi inapercibida. Alderete, oficial de Cortés, estaba a cargo de un colegial muy feo, de ancha cara, nariz chata y color manchado con grandes pecas. El tal Alderete era un hombre cruel e inhumano, y en un vivo diálogo que tenía con Topoczina, mujer de Guatimocín, ésta le dijo, maliciosamente y acentuando la frase, como que al fin eran condiscípulos y se conocían de antemano:

*“¿Por qué os sufre la tierra, y sus entrañas  
No abre para tragaros, gente inicua,  
Tigres de faz humana?”*

Esto ocasionó risas entre los estudiantes, las cuales se comunicaron al público; pero por fortuna el contagio no se hizo general. Desde aquel día le quedó a Alderete por apodo en el colegio **El Tigre**.

Los pocos que aún vivan de los que a estas fiestas asistieron, recordarán la triste impresión que

hizo el tierno idilio de Chateaubriand, puesto en escena, a pesar de los defectos de que adolecía la composición dramática; tal vez recuerden también el aire sentimental y la fisonomía atractiva de Plácido Morales con sus grandes ojos lánguidos, su tez de color aperlado, cabello negro, y crespito, y dulce tono de voz. Plácido representaba a la desgraciada Atala, con una propiedad perfecta, y más de una lágrima de compasión hizo krotar de los ojos de las sensibles damas.

¡Quién le hubiera dicho entonces al desgraciado Plácido, tipo del **cachaco** genuino, y celebrado por su agudeza, que, cuando recostado al pie de una palmera, y rodeado de Chactas y del padre Aubry —u Obrí, como escribe el autor del drama— exclamaba con acento dolorido, y presa ya de un lento veneno:

*“¡Oh, mi Dios, moriré siendo inocente!  
 Contrarrestar la fuerza del destino.  
 ¿Quién podrá? ... ¡Suerte infelice!” ...*

¡Quién, repito, le hubiera dicho que, andando los tiempos, habría podido exclamar lo mismo, al ver ya cercano su trágico e inesperado fin; y que con tanta propiedad hubiera podido aplicársele aquello del desdichado amante: “Duerme en paz... oh joven desgraciada! ¡En recompensa de tu amor y de tu muerte, vas a quedar abandonada hasta del mismo Chactas!” Pues, en efecto, su cadáver quedó abandonado en la huerta de Jaime, hasta que en altas horas de la noche vino su familia a recogerlo.

Ejecutaba el papel del padre Obrí, don Domin-

go Arroyo, hermano del popular y lamentado doctor Isidro Arroyo, mi venerado maestro y amigo. Su andar lento, su voz pausada y su marcado acento panameño, se hermanaban muy bien con el carácter del santo misionero.

Ya había hablado a usted de otras de las piezas que por entonces se representaban en los dos estudiantiles teatros, y así omitiré volver a mencionarla; pero no perdonaría usted que pasara por alto un episodio de suma gravedad que ocurrió en el último año de estas comedias, episodio que por su interés histórico merece repetirse, aunque ya lo he citado en época anterior. Bien sabe usted cuál es mi tema invariable: “¡Repitamos!”

### ARTICULO XXIII

La república bartolina había elegido para su presidente al General Sucre, que al mismo tiempo, y no de burlas, era candidato para la presidencia de Colombia. Su popularidad era tal, que aún el mismo partido liberal de aquella época lo había adoptado, o por lo menos lo aceptaba por candidato, y era también el de Bolívar. Cuando el Gran Mariscal de Ayacucho fue por primera vez a visitar su república estudiantil y tomar posesión de su destino, llamó aparte a uno de los altos funcionarios de ella y le preguntó cómo marchaba ésta.

—Muy bien, le contestó. Todos los ramos de la administración se hallan en buen pie.

—¿Y el de hacienda?